

Los gorriones suicidantes



Diego L. Monachelli

Ilustraciones
Lucia Lemmi

“...todo lo que las ciencias humanas están descubriendo hoy en día, en cualquier orden de cosas, ya sea en el orden sociológico, psicológico, psiquiátrico, lingüístico, etc., la literatura lo ha sabido desde siempre; la única diferencia está en que no lo ha *dicho*, sino que lo ha *escrito*. Frente a la verdad entera de la escritura, las <<ciencias humanas>>, constituidas de manera tardía sobre el barbecho del positivismo burgués, aparecen como las coartadas técnicas que nuestra sociedad se permite a sí misma para mantener en su seno la ficción de una verdad teológica, soberbiamente –y de una manera abusiva- separada del lenguaje.”

1967, Times Litterary suplement.

Rolanda Barthes.

El susurro del lenguaje.

De la ciencia a la literatura.

Doppelgänger

A Oscar Derblitz y Luis Encina.



Tal vez nunca sepan quién o quiénes escribieron esto. Nunca sabrán si en este momento el que trama la tinta es un ser único y cabal, o tan sólo un ente subsidiario, alejado de la esencia ideal y primigenia, semejante al último dios de los gnósticos, creador de este mundo y carente de toda esencia divina; personaje creado por otro personaje, parido en las letras por una mano sin nombre. Tal vez yo mismo nunca lo sepa, pero eso no tiene importancia; no por ahora.

Los hechos pueden antojársenos crueles, de ficción o ser juzgados como una patética mentira, pero nadie puede negar la realidad. Existen acontecimientos comunes a todos, severamente comunes: la calle, la multitud, una sala en silencio, cosas que van grabando en nuestras vidas irrefutables estigmas que suelen parecer insignificantes, inútiles. Y quizás, sólo quizás, esté hablando de ellos. El cúmulo de circunstancias genera un todo que converge en un segundo, caben en un parpadeo. Cada actitud, cada movimiento y reacción nos hace sospechar un sentido, una trama, un futuro. No obstante, lo único cierto es el ahora, efímero espasmo de la eternidad. Y así es como todo transcurre sin que lo advirtamos: ya todo es pasado; pasado o porvenir.

Como es inevitable, en ese pasado fue que el hoy tomó su forma, en un pasado en el que aún... No, será mejor no pensarlo. He de decirlo, estoy condenado a sucederme en el tiempo y ser testigo de la decrepitud. Cualquiera podría argüir que así es como nos sucede a todos. Sí, es cierto, lo admito pero lo importante de este acontecer yace en sus intersticios. En aquellas lejanas épocas pasaba mi tiempo de entonces entre libros y – ocasionalmente- enredado en extensas discusiones con mis dos únicos camaradas, en las raras ocasiones que estos me obsequiaban con su visita. Para las gentes de mi entorno siempre resulté un ser sombrío, de una humanidad desdibujada que les generaba una evidente repulsión, aunque el verdadero motivo de su aversión no yacía en mí sino más bien en lo que ellos creían que yo era. Nada puede más con una realidad que la temerosa obsesión nacida de la ignorancia; y así es como el hombre procede. Siempre fui esa tierra fecunda en la que todos dejan caer su semilla de miedo e inopia, simiente que germina rauda, bajo el azote de los vientos que azuzan los más oscuros deseos; inconfesables. Imaginen que, en estas circunstancias, a quién podría confesar lo que me sucedía sin alimentar cualquier absurdo.

Una noche, en medio de aquellas lúcidas conversaciones fue que todo comenzó, mientras uno de mis camaradas explicaba apasionadamente lo que él daba en llamar “*Teoría de los destinos etimológicos*”. Con una lentitud casi imperceptible su rostro se tornó pálido, sus ojos se rasgaron con una elasticidad voluptuosa y la nariz suavemente

se le encorvó para luego, en un instante, recomponerse en una rectitud matemática; su voz, es decir, su discurso, no menguó y nuestro otro compañero, haciendo girar la pequeña piedra de jade incrustada en su anillo –usual gesto que evidenciaba su total concentración- parecía no advertir tan prodigiosas manifestaciones. Intenté despabilarme, egresar de ese violento sopor en el que me descubrí sumido. Bebí algo y creí encontrar la raíz de esta desviación de los sentidos en mi profunda fatiga -en aquellos tiempos acostumbraba a no dormir por días; hoy, hoy lo considero un esfuerzo realmente inútil aunque ya no pueda hacer otra cosa que permanecer en una vigilia perpetua-. Por unos segundos volví a ver su rostro como siempre, quizás algo envejecido, más duros aún sus rasgos aindiados; pero eso no retendría mi atención. Pronto el tono de su voz comenzó a tornarse grave; oscilaba con la sinuosidad de una melodía de amplio registro. Con naturalidad subía de su agudo acostumbrado a los límites de lo soportable para luego descender a una gravedad cavernosa, atemorizante. En esos oscuros niveles, en esas largas ondulaciones, mi consternación llegó al paroxismo: era mi voz y no la suya la que emitía aquel cuerpo. Pero eso no bastó, aún quedaba más por ver. Todas sus facciones comenzaron a desfigurarse con una plasticidad asombrosa y en el devenir que las llevó de su rostro al mío hubo una fase horrenda, completamente amorfa, indescriptible. Mi angustia se transformó en fascinación, excitado me veía y me escuchaba hablar sin participar de aquella estructura de ideas, de palabras. Podía escucharme perfectamente, comprender y discriminar, contraponer ideas y argumentos sin siquiera saber cuál sería mi respuesta, es decir, la de aquel que ahora llevaba mi rostro como una máscara sin dejar de ser yo quien era.

La conversación continuó, lentamente retorné a la conciencia ordinaria del yo y al hacerlo comprendí que ninguno de mis camaradas habían notado tan extraordinarios sucesos, por lo cual, decidí callar. Ciertamente es que el tema de conversación había recorrido vastas sendas pero en el momento de retornar a mi mismo -por decirlo así- advertí que estábamos hablando del *doppelgänger*. Nada parecía casual, y a pesar de eso no tuve el valor de explicar lo sucedido, me sentía cansado. Si existió un comienzo, de seguro hubo de ser aquel.

Días después, turbado aún por lo sucedido, una serie de encuentros fortuitos, en un paseo a pie que pretendí hacer para calmar mis nervios, vino a traerme la desesperación. El primer embate de esa realidad ajena que me circundaba lo llevó a cabo la providencia a manos de una vieja conocida con la que no tuve más remedio que detenerme a conversar; cuando la divisé en los caminos de aquella plaza por la que

vagaba ensimismado, la posibilidad de fuga era inexistente. Nos sentamos en un banco cercano. Pronto recordé al viejo Rousseau cuando confesaba que teniendo que sostener una entrevista mundana, la lentitud de sus ideas y la aridez de su conversación, le forzaban a recurrir a ficciones para tener algo que decir. Y eso hube de hacer, recurrir a ficciones y silenciosos asentimientos de cabeza ante la banal locuacidad de aquella mujer. Al despedirnos, tras un prolongado e incómodo silencio, tuve la confusa impresión de ser testigo de mi propia despedida: su gesto al saludar parecía contener algo de mis propios gestos; su modo de andar al marcharse, algo de mi propio andar. Entonces fue cuando escuché –como si yo mismo estuviera contenido entre las orejas de aquella femenina cabeza- su voz diciendo muy por lo bajo, entre dientes, lo poco grata que le resultaba mi persona. Aquel episodio –he de confesar- me causó tremenda gracia pero no duró demasiado. Un joven que transitaba por aquella enorme plaza me abordó solicitando cortésmente alguna indicación, no recuerdo cuál. Mi desolación fue absoluta; al pedirle amablemente que repitiera lo dicho y mirarlo a los ojos, me encontré nuevamente ante mí con una gentil y macabra sonrisa. Mi voz, la suya -que era otra en mi rostro- y la de aquella mujer, resonaron en una acorde disonante e implacable, una comunión extraordinaria y avasallante. Salí corriendo, escapando de mí mismo.

Al llegar a mi casa todo pareció volver a la normalidad, si es que algo así existe. Pronto la noche se arrellanó sobre los techos y en esa misma noche, en la que siempre me sentí tan cómodo, una desesperación atroz me invadió. Tapé todos los espejos de la casa temiendo lo peor, temiendo enfrentarme al incorruptible portal, al insondable abismo del mercurio detenido. A mis ideas las acechaba un oscuro presentimiento, algo -sin quererlo- se me había dado a saber, algo inaudito. Esa misma noche, casi eterna -aunque en ese momento no poseía la certeza de lo eterno- descubrí en mi casa rincones de figuras imposibles; las horas torturaban mi pensar, destruí los relojes. Las puertas me estremecían en su rechinar, en el movimiento casi vivo de su madera. Cerré postigos, clausuré ventanas y corrí cuidadosamente todas las cortinas temiendo cualquier reflejo. Intenté leer pero fue una ilusión, un acto vano; una sola idea rondaba mi mente, atormentándome.

Al llegar el alba, apenas filtrada su luz por los intersticios de los alféizares desvencijados, me sentí por completo exhausto y decidí acostarme. Por un instante todo fue calma y me dejé llevar por esos paisajes de márgenes difusos entre el dormir y la vigilia. Súbitamente, como proveniente de un sueño, escuché un estridente sonido; con la naturalidad de un instinto acerté un golpe sobre mi costado y me levanté. Caminé

unos pocos pasos hasta el baño y lavé mi rostro con agua fría. Al alzar la vista me encontré ante el espejo y un terrible espanto me recorrió por completo: no era yo, no; era otro. Era aquel camarada, el de aquella noche en la que todo comenzó. Traté de serenarme y difícilmente lo logré. Para cuando pude hacerlo ya caminábamos por calles enlodadas rumbo a su trabajo, e inútilmente yo insistía en regresar a mí. Sentí su sereno andar y la somnolienta languidez de sus ideas; recorrí con él todos sus pensamientos, sus emociones, su calambre estomacal de todas las mañanas. Me distraje en su ser, mas recién ahí se me dio a conocer, por completo, tan increíble trama.

Ya en su trabajo, junto a sus colegas, me di cuenta -no sin horror- cuál sería mi destino. Uno de ellos se acercó a nosotros y extendió su mano; alzamos las nuestras, es decir, él alzó las suyas conteniéndome sin saberlo, y en ese instante concentré todas mis fuerzas en un nuevo intento por regresar a mí; infructuoso como todos los demás. Cuando sus miradas se cruzaron en ese saludo cotidiano y ceremonial, un doloroso movimiento se sucedió, una violenta sacudida y de un cuerpo al otro hubo una fase horrenda, completamente amorfa, indescriptible; pensé -recuerdo- que tal vez era aquella la forma real del universo.

Ahora, luego de tanto tiempo y tantos cuerpos, recién ahora he hallado algo de tranquilidad y reposo. De aquellos camaradas, Anscario y Clodoveo -como de mí- no he vuelto a saber nada y mi destino jamás se detuvo; tan sólo ahora un instante. Aquí donde estoy, en este joven, me he encontrado a gusto; sus hábitos y los míos -ya antiguos- son casi los mismos. He vuelto a la lectura, a la música, a las incansables conversaciones y por primera vez, luego de incontables noches y esfuerzos, puedo alzar una pluma, aunque seguramente él dará por sentado que ésta es una invención de su propio peculio.

Los gorriones suicidantes

Diego L. Monachelli